

además son perpetuadas dentro del hogar. En una aldea dotada de acueducto, por ejemplo, se encontró que sólo del 1 al 4% de las muestras de agua tomadas directamente de los grifos estaban contaminadas, pero al examinar el agua almacenada en las vasijas caseras, el porcentaje llegaba a 44.

Los parásitos, gusanos y protozoos entéricos presentes en el sistema digestivo de millones de personas afectan profundamente su salud: las enfermedades gastrointestinales son la segunda causa directa de muertes infantiles en los países en desarrollo. A más de las dificultades para alimentarse adecuadamente, los habitantes de estas áreas deben calmar las voraces exigencias de su fauna y flora intestinal. Se ha determinado que las personas infestadas pierden diariamente 200 a 300 calorías mas que los individuos libres de ellos; esta pérdida representa hasta un 10% de los requerimientos nutricionales diarios de un adulto promedio.

El equipo investigativo del INCAP incluye expertos en bioquímica, cuidado materno-infantil, enfermedades infecciosas, planificación sanitaria, nutrición, economía, y gastroenterología. El proyecto intenta aplicar esta experiencia multidisciplinaria en la solución de los problemas gastrointestinales de las zonas rurales de Guatemala. El trabajo, con una duración de cuatro años, estará dividido en dos etapas. En la primera se adaptarán las técnicas de investigación de las enfermedades a las condiciones sociales y culturales particulares del país, se desarrollarán técnicas para la higiene doméstica, y se evaluarán posibles prácticas terapéuticas contra la incidencia de la enfermedad. En la segunda, se desarrollará un programa efectivo de educación sanitaria para mejorar los bajos niveles de la higiene personal y del hogar, caldo de cultivo de las enfermedades aludidas. Se espera convertir la educación sanitaria en arsenal contra la enfermedad y la desnutrición.

Al apoyar la investigación del INCAP, a través de su División de Ciencias de la Salud y Población, el CIID participa en el desarrollo de un futuro programa de educación sanitaria centrado en el papel decisivo de la madre. Con este se esperan resultados mas rápidos que con la sola apertura de pozos o instalaciones sanitarias. □

## COMENTARIOS

# Crecimiento económico vs. redistribución del ingreso

Foto Neill McKee



Nihal Kappagoda, autor del comentario y Vicepresidente Internacional del CIID.

Muchos de nosotros, versados en las teorías económicas tradicionales de occidente, creíamos que un aumento del crecimiento económico a la tasa deseada lograría todo el desarrollo que un país necesita, y que los resultados de su crecimiento serían ampliamente distribuidos.

Al usar tasas aceptables de crecimiento económico fijábamos objetivos de inversión, basados en la relación capital-producto observada históricamente y ajustada de acuerdo con cambios conocidos. De ahí, pasábamos a examinar las posibilidades de inversión en los diferentes sectores y elaborábamos los proyectos necesarios para cumplir con los citados objetivos. En otras palabras, establecíamos un marco y luego lo llenábamos. Una vez preparado el paquete de proyectos que cumpliera con estos objetivos de inversión, determinábamos los recursos financieros, tanto internos como externos, requeridos para su financiación. Enseguida calculábamos los ingresos tributarios necesarios para cumplir el objetivo en lo referente a recursos internos; en el caso de las divisas extranjeras, se diseñaban políticas y programas para generar entradas adicionales a través de exportaciones, o se hacía un intento por cerrar la brecha mediante la ampliación de la ayuda externa.

Esta es una forma abreviada de describir un proceso que, desafortunadamente, concentró nuestras energías en el cierre de la "brecha", tanto en lo que a recursos internos como a divisas extranjeras se refiere. Nos acercábamos a las agencias donantes con un enfoque general de la brecha y sin especificar sus detalles, o el impacto total de las varias inversiones planeadas. No se pensó en un enfoque alterno puesto que estábamos planificando el aumento de la tasa general de crecimiento económico, con la esperanza de que estos aumentos llegaran a la base.

Esta era la forma de ver las cosas en los años cincuenta, y ello llevó a los objetivos sentados por las Naciones Unidas para la primera década del desarrollo en los sesentas, cuando se declaró que una tasa aceptable de crecimiento para los países en desarrollo sería un promedio cercano al 5%. Pero a medida que se sucedieron los hechos, muchos países en desarrollo excedieron esta tasa de crecimiento y pese a ello, al final de la década, muchos de los problemas básicos seguían sin resolver. Prevalecía, por ejemplo, la desnutrición. Cálculos hechos a finales de 1970 mostraron que de un tercio a la mitad de los pueblos del mundo padecía de hambre o deficiencias nutricionales. La mortalidad infantil seguía siendo alta. Las muertes infantiles por mil nacimientos vivos eran cuatro veces mayores en los países en desarrollo que en los países desarrollados. La expectativa de vida permanecía baja. Un hombre occidental podía esperar una vida 40% más larga que el hombre promedio de un país en desarrollo y dos veces más que un hombre africano. El analfabetismo era enorme. A finales de 1970 había 100 millones más de analfabetas que veinte años atrás, llegándose a un total cercano a 800 millones. Más importante aún, descubrimos que el desempleo era endémico y estaba en expansión. Un 20% de la fuerza laboral masculina, en promedio, permanecía desempleada, y las poblaciones urbanas doblaban en crecimiento al número de empleos.

Pero esto no era todo, la distribución del ingreso estaba severamente distorsionada. Con las estadísticas disponibles de cuarenta países en desarrollo, se encontró que, en promedio,

el veinte por ciento más alto en la escala de ingresos recibía el 55% de las entradas nacionales; el cuarenta por ciento más alto en la misma escala recibía el 75% de estas, mientras el veinte por ciento más bajo recibía sólo el 5%. Todos estos problemas continuaban después de una década de crecimiento económico en que muchos países en desarrollo alcanzaron más del citado 5%.

En una conferencia celebrada en 1970 para discutir el informe Pearson sobre desarrollo internacional, titulado "Socios en el Desarrollo", Robert McNamara, presidente del Banco Mundial, señaló que el indicador tradicional de bienestar —crecimiento económico— no era el adecuado para representar totalmente el estado de desarrollo en un país, e hizo un llamado para buscar otros indicadores del desarrollo que abarcaran más que la simple medición de crecimiento del producto y nos permitieran valorar los cambios sociales y otras dimensiones en el proceso de modernización que nuestras sociedades luchaban por alcanzar. Unos años más tarde, en la reunión anual del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional en 1973, McNamara insistió una vez más en que adoptáramos una medida socialmente orientada de desempeño económico que permitiera efectuar una reasignación de recursos tomando en cuenta los factores sociales en la planeación para el desarrollo.

Fue en este momento, realmente, cuando se empezó a hablar de justicia social y calidad de vida, y a mirar indicadores sociales como malnutrición, tasas de mortalidad infantil, expectativa de vida, analfabetismo, nivel de desempleo, distribución del ingreso, número de médicos por cada mil habitantes, etc. Allí comenzó un vuelco del proceso de planificación hacia la consideración de estos factores sociales.

Sin embargo, antes de adoptar la redistribución como un objetivo primario de la planificación, quisiera hacer una advertencia: no debemos caer completamente en el otro extremo. Al hacerlo, me gustaría citar como ejemplo el caso de Sri Lanka donde el gobierno adoptó políticas liberales de bienestar social al final de la Segunda Guerra Mundial. Amplios servicios

gratis de salud, educación gratuita de primaria a la universidad, transporte público y alimentos subsidiados formaron parte del paquete de medidas de bienestar. Como resultado de estas políticas, Sri Lanka pudo reducir sus desniveles de ingreso.

Para ilustrar estas mejoras, en 1953 el diez por ciento más alto en la escala de entradas, recibía 42,5% del total del ingreso nacional; veinte años más tarde se había reducido a 29%, mientras el diez por ciento más bajo en la escala aumentó su participación en las entradas totales del 1,5 al 4,7%. Estas políticas de bienestar fueron implantadas en un período de lento crecimiento y financiadas sacrificando gastos de desarrollo. Sri Lanka tuvo la suerte que de que en los años inmediatamente posteriores a la guerra el sector de exportación estaba solvente, permitiendo al gobierno gravarle poco a poco con impuestos para financiar las medidas de bienestar social. En igual forma se obtuvieron divisas extranjeras para financiar las importaciones. Estas medidas de redistribución se ejecutaron durante un período de crecimiento débil y llevaron finalmente a un levantamiento social del tipo que tuvimos en 1971.

Así pues, cuando miramos los dos modelos, uno que se concentra exclusivamente en el crecimiento económico y otro que lo hace en la redistribución a través de políticas de bienestar, vemos que ambos son inadecuados. Por tanto, debemos adoptar políticas que permitan la complementación mutua de los dos objetivos —políticas que logren la redistribución sobre la base de una tasa satisfactoria de crecimiento económico.

Cómo planificar una estrategia adecuada? En muchos países asiáticos hay que mirar al sector agrícola y establecer un plan para alcanzar el máximo crecimiento del producto en este sector. Setenta por ciento de las personas de los países en desarrollo viven en las áreas rurales y en muchos países de Asia del 30 al 40% del producto nacional bruto, o más, proviene del sector agrícola. En el futuro previsible, este sector proveerá empleo al gran número de gente joven que llega al mercado laboral.

---

## COMENTARIOS

---

Al planificar para el sector agrícola, se encuentran de inmediato muchos problemas. Por ejemplo, la tierra está fragmentada y muy poca gente posee extensiones grandes. Los acuerdos sobre tenencia hacen que los agricultores tengan que entregar más de la mitad de su cosecha a los dueños ausentistas. Dentro de esta situación, a menos que se introduzcan reformas agrarias, cualquier tipo de planificación para aumentar el crecimiento del sector agrícola no va a beneficiar a los agricultores pobres. Aunque se han introducido variedades de alto rendimiento los agricultores no están, por lo general, en condiciones de obtener crédito adecuado y otros insumos necesarios para llevar al máximo los rendimientos de estas variedades. A veces tasas insatisfactorias de divisas externas hacen más atractiva para el agricultor a gran escala la importación de maquinaria que emplear mano de obra rural. Hay que ejecutar toda una gama de políticas para llevar al máximo el producto potencial del sector agrícola.

Muchos países asiáticos han aprendido el valor de concentrarse en el sector agrícola, especialmente a través del enfoque integrado para el desarrollo rural del cual tanto se habla en estos días. Se intenta motivar el apoyo de la gente en los niveles básicos para el proceso entero de planeación. Por ejemplo, de nuevo en Sri Lanka, el gobierno estableció juntas de desarrollo divisional en las zonas rurales para movilizar los recursos disponibles en cada área e incrementar la producción de alimentos y otros artículos.

En las etapas anteriores, cuando nos concentrábamos en el crecimiento económico, la gente se beneficiaba indirectamente de los resultados de este crecimiento y, en algunos casos, no se daba cuenta de los mismos. Al mirar desde el otro ángulo, tratamos ahora de construir el proceso de planificación a partir del nivel base, comenzando por las aldeas, siguiendo a los distritos y llegando luego al centro. Para alcanzar el objetivo de creación de empleo, se necesita que la gente se sienta comprometida a activar el proceso. Es cierto que las tasas de crecimiento económico que se alcanzan con este enfoque pueden no ser tan altas como las que se hubieran alcanzado con las inversiones masivas basadas en la teoría tradicional. No obstante, hay que mirar al bienestar de los habitantes rurales; después de todo es a ellos a quienes queremos mejorar, puesto que conforman el 70% de la población de nuestros países.

Nihal Kappagoda

# El papel del artista en el desarrollo económico del Caribe

Foto Neill McKee



John Wickham, Presidente del Consejo Cultural de Barbados y becario del CIID en 1976.

El paso dado por las islas de habla inglesa en el Caribe —de colonias a entidades autogobernadas— se ha interpretado sólo a un nivel político. Su independencia se expresa en términos constitucionales formales y en el traslado del poder decisorio de White Hall en Londres a White Hall en Puerto España, y de Bridgetown a Kingston. Sin embargo, nadie puede decir a ciencia cierta que esta transferencia se ha visto acompañada de una independencia económica, o más importante aún, de la aparición de un pujante espíritu nacional. En esencia, las islas continúan siendo —pese al derecho de asiento individual en las Naciones Unidas— lo que han sido desde el episodio de Colón: víctimas de fuerzas ajenas a su control. En efecto, los eventos del pasado año —crisis petrolera, entrada de Gran Bretaña al Mercado Común Europeo— han servido sólo para realzar el continuo estado de dependencia de las islas.

La independencia real y total, esto es, la decisión de actuar libremente en un claro interés propio y asumir control de las fuerzas extrañas, demanda una concentración de energía y voluntad nacional que (con una sola excepción) no se ha intentado seriamente en los territorios de las viejas colonias